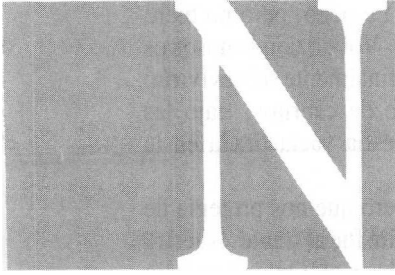


El arma*

Stavros Papanikolópoulos



uestra casa estaba a una hora de distancia del pueblo. Allí vivíamos siempre, invierno y verano. Y no éramos los primeros que estábamos allí. Antes que nosotros estuvo el padre de mi padre y antes de él, su padre. ¿Por qué se encontraba allí? En esa ladera de la montaña no había nada especial. Simplemente vivían. Pocos animales, pocos lugares para el cultivo y más abajo un pequeño pozo que cuando disminuía su agua en verano hacía temblar nuestra alma, no fuera cosa que un día se agotara totalmente.

La vida allí pasaba tranquilamente para nosotros los niños, para mí, mi hermano mayor y mi hermana. Sin embargo, no era tan tranquila para nuestra abuela. Ella tenía que preocuparse de todo. Su marido, mi abuelo, había muerto hacía años. Su hijo, mi padre, bajaba al pueblo donde era maestro. Apenas terminaba el trabajo, regresaba, se quedaba unos 10 días y nuevamente bajaba a la aldea. A mi madre no la conocí en absoluto. Había muerto cuando yo nací. Así, nuestra abuela era para nosotros madre y padre.

Trabajaba de la mañana a la noche en cualquier trabajo. Pero lo que nos hacía verla como superhombre no era el rudo trabajo diario, sino algunas tardes terri-



Byzantium Nea Hellás

CENTRO DE ESTUDIOS
BIZANTINOS Y NEOHELÉNICOS
FOTIOS MALLEROS
FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y HUMANIDADES
Universidad de Chile

* Del libro de cuentos del autor, *Antes de la tormenta* (Ediciones Dodoni, Atenas-Ioannina, 1986). Traducción del griego por María de la Luz Agüero y Marco Aurelio Perales.

bles. Cuando llovía a cántaros y soplaban un viento terrible, nos abrazaba y nos tranquilizaba cuando nos adormecíamos. Muchas veces, sin embargo, la vi en medio de la noche, cuando aullaban las bestias del bosque bajar el arma, salir, y cuando se cercioraba de que a ningún animal le había sucedido nada, regresaba donde nosotros.

Un tiempo, un lobo le había echado el ojo a nuestros pocos animales. Nos había arrebatado un cordero, y desde entonces casi cada tarde hacía su aparición en los alrededores. Nuestra abuela había salido muchas veces con el arma para dispararle, pero él se adelantaba y desaparecía. Decidió entonces, enfrentarlo una tarde. Preparó el arma. Dejó la puerta abierta y en vez de tenderse cerca nuestro, se tendió al frente y nos dijo que no habláramos porque esperaba al lobo...

Afuera la noche, la puerta abierta, nuestra abuela que se había recostado frente y no a nuestro lado, el lobo que vendría, nos atemorizaban como ninguna otra vez. En efecto, el lobo no tardó en presentarse. La abuela al primer ruido saltó con el arma, salió y empezó a disparar, el lobo salió huyendo. Le pegó, pero no bien. Alcanzó a huir herido, dejando unas pocas gotas de sangre. Volvió donde nosotros un poco apenada porque se le había escapado y no sabía si finalmente sobreviviría. Al día siguiente el tío Juan, que pasaba con su rebaño de cabritos, trajo las felicitaciones a nuestra abuela, porque como dijo "la bestia yacía tirada en la hondonada a gran distancia de nuestra casa".

Así vivíamos allí, la abuela era para nosotros el guerrero que nos protegía de chacales y zorros. Estalló entonces la guerra del 40. Mi padre fue al frente. Nuestra abuela nos explicó el significado de la guerra, lo que sucede en el frente. Y todo lo que sucedía en el frente a tanta distancia nuestra, nosotros lo sentíamos como si sucediera en la montaña de al lado. Así la sensación de la guerra estaba muy cerca nuestro. Se derrumbó el frente. Aguardábamos que llegara el papá. El papá no llegó, llegaron los alemanes.

Nuestra aldea estaba en la montaña. El lugar donde vivíamos, aún más arriba en la montaña. Así no nos imaginábamos que tendríamos algo que ver con los alemanes. Y sin embargo, de cuando en cuando aparecían y tomaban el camino cerca de nuestra casa. Nuestra abuela estaba atenta. Y apenas se aparecían a lo lejos, nos tomaba y subíamos a la altura de más arriba desde donde veíamos el sendero y la casa. El arma estaba siempre en su mano y cuando la tenía sentíamos que no corríamos peligro. Esto sucedía cada vez que aparecían los alemanes.

Una vez, sin embargo, había ido a pastorear nuestros chivos. Entonces aparecieron los alemanes. Esta vez eran menos que otras veces. Buscaban un lugar para descansar. Mirando por aquí y por allá descubrieron nuestra casa. Rápidamente fueron y se instalaron allí. Nosotros, los niños, por propia iniciativa nos escondimos un poco más allá. Cuando se levantaron y se fueron, se llevaron el poco queso y las 5 gallinas que teníamos.

Al regresar nuestra abuela nos encontró sentados sin habla. Apenas supo lo que había sucedido rompió a gritar "no hubiese estado yo aquí para balearlos con el

arma". Nuestra abuela no calculaba si con el arma podía enfrentar a las armas alemanas. A nuestra abuela el arma le daba la fortaleza para enfrentar a quien nos molestase; ya fueran éstos chacales, zorros, lobos o alemanes. Para nuestra abuela el alemán que pasaba cuando quería por nuestra casa, no era más de temer que el lobo o las otras bestias que venían cuando querían. Todos eran bestias que podían enfrentarse con el arma. Por esto estaba segura. Y su seguridad era inquebrantable porque veía que durante tantos años los había enfrentado con éxito.

La estación está llena. Más vagones en los trenes que otras veces. Las radios se refieren continuamente al desembarco de los turcos en Chipre. El tren en el que voy, parte. Está lleno de jóvenes que se han alistado. Todos miramos hacia afuera. Las casas, las calles están llenas de gente, de niños que saludan. Pero una cosa es segura. Que en el momento que miramos hacia afuera vemos más con nuestra fantasía que con nuestros ojos. El pensamiento de cada uno está con los suyos. Lo mismo me sucede a mí. Sólo que yo no pienso ni en mis niños ni en mi mujer que está en la aldea, ni en mi hermano y mi hermana que se encuentra en el extranjero. Mi pensamiento tiene fija una imagen, la imagen de mi abuela. Sé que está muerta. Pero en este momento mi cerebro funciona distinto. Pienso que se encuentra arriba en la ladera sosteniendo el arma con mis niños y les dice cómo su padre ha ido a pelear con los turcos, tal como nos decía a nosotros que nuestro padre había ido a pelear con los alemanes. Que les explica lo que es la guerra y que ellos al escucharla se imaginan la guerra en la montaña de al lado. Pienso que mis niños se sienten en este momento como me siento yo y como se sentía la abuela. Que no son distintos ni los lobos ni los alemanes ni los turcos. Que ni siquiera debes calcular qué armas tienen ellos. El arma te da la razón para enfrentarlos y siempre con éxito. Esto es seguro. Es seguro porque no lo haces por primera vez. Lo haces desde siempre y antes de los alemanes. Con los lobos. Que venían por lo que querían a la casa. Para ti, alemanes, turcos, lobos, son lo mismo. Y puedes fácilmente vencerlos con el arma. Basta que estés seguro. Basta que este momento en que corre el tren lleno de soldados alistados veas la imagen de la abuela, la silueta del lobo que llegó en la noche a nuestra casa y al que encontraron muerto al día siguiente en el barranco a gran distancia de nuestra casa...